

El Viaje de Castro a China

por

Jorge A. Sanguinety

A ciencia cierta, no se sabe lo que Fidel Castro fue buscar en su viaje a China, Japón y Vietnam. ¿Ayuda económica? ¿Inversiones? ¿Solidaridad socialista? ¿Lecciones del experimento chino aplicables a Cuba? Quizás un poco de todo eso. La realidad, sin embargo, 11 millones de dólares de ayuda, una cifra humillante en respuesta merecida al probable acto de mendicidad de Castro.

Pero el gesto más significativo fue el haberle dicho a Castro que de ahora en adelante las relaciones comerciales entre los dos países se negociarían por sus respectivas empresas y no por medio de los estados. Castro tiene que haberse quedado lívido cuando se enfrentó a semejante proposición. ¿Cómo es posible que las relaciones entre dos estados socialistas estén determinadas por los intereses de sus empresas y no por los de sus estados?

Una posible respuesta es que uno de los dos estados no confíe en el otro y que considere que no vale la pena que sus dirigentes pierdan el tiempo en negociaciones con un socio comercial de poca monta. Otra respuesta es que como el socialismo no existe en China y en Cuba no funciona, no tiene sentido que los gobiernos manejen las relaciones comerciales entre los dos países, lo cual, además, ha demostrado ser muy ineficiente.

Las relaciones de Castro y China han sido generalmente incómodas durante casi todos estos últimos 37 años. El dos de enero de 1966, en su discurso conmemorativo tradicional, Castro indicó con palabras muy fuertes y sin señalar nombres, que había surgido una profunda crisis con China. Señaló que no estaba dispuesto a aceptar las presiones de ese país aún cuando tuviera que renunciar a las importaciones de arroz, tan importantes para Cuba.

Nunca se dió a conocer, como es costumbre entre gobiernos totalitarios, la naturaleza precisa de las demandas chinas. Pero sabemos que todo esto ocurrió en el medio del gran cisma entre China y el bloque soviético, en el cual el gobierno cubano asumió y mantuvo una actitud ambivalente. En muchas de sus declaraciones públicas—aunque casi nunca expresadas abiertamente por el propio Castro—el gobierno cubano parecía estar del lado chino. La retórica cubana era claramente maoísta e incluía ataques incesantes a los partidos comunistas de Europa Occidental, especialmente al italiano dirigido por Palmiro Togliati y al régimen de Tito en Yugoslavia. Por otra parte, manteniendo una política exterior de apoyo abierto a la subversión comunista en otros países, Cuba parecía apoyar la línea china basada en un estalinismo ortodoxo.

Pero a pesar de las escaramuzas entre los ejércitos soviéticos y chinos a lo largo del río Usuri, Cuba no adoptaba una posición clara en el conflicto y se inclinaba en la práctica por mantener sus relaciones con la Unión Soviética. Su dependencia de los subsidios soviéticos era demasiado restrictiva. Castro no hubiera podido patrocinar sus exportaciones de revolución, con lo irritante que era para los soviéticos en los años

sesenta, sin esos subsidios. El chiste de turno era que el corazón de Cuba estaba en Pekín (el deletreo de los tiempos) y su estómago en Moscú. Paradójicamente, los soviéticos fueron los que tuvieron la paciencia china con Castro. Los chinos, míticos inventores de la paciencia, la perdieron con él.

¿O es que tuvieron mucha más y esperaron hasta ahora para vengarse de Castro? Puede pensarse que los gobernantes chinos de hoy, que fueron víctimas de Mao, ahora le están cobrando a Castro su falta de apoyo en un conflicto que tenía menos que ver con el socialismo que con las tendencias nacionalistas de Rusia y de China. Si alguna vez Castro soñó con el internacionalismo proletario, la humillación sufrida en China debe haberlo despertado.

Encima de esto, los japoneses le dieron a Castro otra desagradable sorpresa cuando le ofrecen literalmente una limosna de sólo cien mil dólares, como para pagar el costo del viaje hasta allá. Es como si usted va a visitar a alguien y al llegar a la visita le pagan el pasaje. Y además lo regañan por vago, por no hacer lo que tiene que hacer para ganarse la vida o, en el caso de Castro, por no tener un sistema económico respetable.

En Vietnam Castro obtuvo un acuerdo de trueque de azúcar por arroz, nada nuevo ni especialmente favorable. Vietnam es demasiado pobre para ser importante para Cuba. El dictador debe haber regresado a Cuba deprimido y furioso, buscando al culpable de estas derrotas. El encargado cubano de las inversiones extranjeras estuvo en China antes que Castro e informó a su regreso a la isla que la atmósfera en China parecía ser muy alentadora y que la visita de Castro debía ser un éxito. Y posiblemente por eso lo destituyeron.

Diciembre de 1995